



LA FLOR QUE BESABA EL SUELO

Silueta

La mariposa, clasificado como un lepidóptero, creyó que estaba soñando, pues la visión que tenía ante sus ojos era algo que solo conocía de las leyendas. “La flor que besaba el suelo”, le llamaban sus antepasados.

Con delicadeza se posó en su rosado pétalo inferior, cual reina llegando a su trono, y estornudó estupefacta cuando el polen le golpeó el rostro. No se lo esperaba, y escuchó unas risas un poco más allá. Una humana de lentes se reía, señalándola.

- Mírala, ja, ja, pobrecita, le llegó en la cara. – le dijo risueña a su acompañante.

- Si la vi, ja, ja, ja, qué fascinante es poder ver el mecanismo en vivo. – respondió el muchacho alto y rubio.

El ser alado bebió tranquilamente del néctar, fingiendo no verlos para luego volar cual espía, sin ruido y sin ser visto, hacia el joven, posándose en su mochila, pretendiendo, ser un adorno. Su estupefacción se había trasladado de la mítica flor hacia los intrigantes humanos, ¿qué hacían allí?

- Se parece bastante a *Schizanthus laetus*, pero, ¿ya viste que la inflorescencia está inclinada hacia el suelo y la coloración blanca es más pequeña? Interesante, mira aquí. –habló, indicándole la página abierta de un libro a la joven.

- Es verdad. Tenía la sospecha, pero había que confirmarlo. De todas maneras, necesitaremos hacer los análisis genéticos. Si es una especie nueva, esto cambia todo. –respondió emocionada, pero mirando con maña en la dirección que sabía estaba la minera más cercana.

La mariposa oía, atentamente, sin entender nada. ¿Una planta lo cambiaba todo? ¿Por qué? ¿Acaso el néctar era especialmente dulce? Ella también miró en esa dirección sin ver nada más que desierto, desierto al que llamaba hogar. Al igual que la flor, eso era todo lo que conocía.

- Zigomorfa, hojas pinnatilobadas, tallo erecto de veinte centímetros, corol...

- Hey, hey, despacio, cerebritito, asustas a nuestra amiga, - dijo la joven, apuntando a la mariposa que había levantado vuelo desde la mochila.

- Si tan solo supiera que la intentamos proteger. - suspiró.

Ella no entendía a los humanos. Su pequeño mundo se componía de flores, néctar, rocas, lagartijas y sol. Incluso en ese momento, habiendo probado una flor rara, su preocupación no era la minera o la taxonomía, pues tales cosas, no correspondían al entendimiento de su filosofía. Su mundo se basaba en otra temporalidad, y, había tenido suerte de existir en la misma que las lluvias, El Niño, y la *Schizanthus nutantiflorus*, la flor que tanto fascinaba a esos dos humanos. Así, se fue, buscando nuevos horizontes bajo un cielo que comenzaba a nublarse. Era la estación del desierto florido.

